

Lo de Neruda es otra historia. Yo era un chico y leí *Residencia en la tierra*; me fascinó. Después leí *Canto general* y me gustaron mucho algunas cosas, sobre todo los poemas del mar. Los poemas históricos a veces tenían interés, pero también había poemas malos y circunstanciales. Lo cierto es que cuando publiqué mi primer libro se lo mandé por correo, en un paquetito, a Pablo Neruda, con quien no tenía ningún trato —saqué su dirección de la guía de teléfonos de Santiago— y, curiosamente, también se lo envié a Borges, a la revista *Sur*. A los cuatro meses un amigo mío, mayor que yo, que conocía a Neruda, me dijo: «Oye, Pablo Neruda te quiere conocer». Entonces fuimos a su casa y comenzó una relación que era la de un chico frente a un maestro, totalmente reverencial.

—Claro, Neruda era ya un poeta consagrado y con renombre internacional. ¿Cuántos años le llevaba a usted?

—Tenía 27 años más que yo, pero con el tiempo la relación se fue igualando. Resulta paradójico que al final, cuando Neruda, enfermo, era embajador en París sin conocer mucho el oficio y yo, diplomático de carrera, era el segundo, jerárquicamente, en la embajada —ministro consejero—, a veces tenía la impresión de que Pablo Neruda se había transformado en una especie de hijo mío, de que el menor era él. Porque era muy atolondrado y estaba muy angustiado con su cáncer de próstata, entonces yo me tenía que hacer cargo de una cantidad de circunstancias, tenía que disimular, por ejemplo, que él estaba enfermo, y toda esa historia era muy difícil. Ahí, entonces, se cerró un ciclo: yo comencé siendo el chico lleno de respeto hacia el maestro y él terminó siendo el anciano un poco débil que se tenía que apoyar en mí. Esa es la historia de *Adiós, poeta...*, que es un retrato de Neruda pero también un retrato generacional; hay mucho Vargas Llosa, mucho Cortázar, García Márquez, en cambio, muy poco, y aparecen mucho los poetas y escritores de los tiempos de Neruda y míos, y de los tiempos intermedios; los discípulos de Huidobro, que eran rivales o enemigos del autor de *Residencia en la tierra*, Pablo de Rokha, Raúl de Arenas, Teófilo Cid, el creador del movimiento de La Mandrágora, que era el surrealismo chileno, Luis Oyarzún, un filósofo y poeta, profesor mío en la universidad. En fin, traté de mostrar toda una época utilizando a Pablo Neruda como personaje principal, pero no quise hacer un libro exclusivamente nerudiano ni mucho menos una biografía del poeta. Son unas memorias sobre mi relación personal con Neruda y el tiempo que la enmarcó.

—¿Destacaría algún rasgo en especial de la personalidad de Pablo Neruda?

—Era básicamente un tipo muy divertido. Creo que de toda esa generación de grandes monstruos literarios enrolados en la izquierda —Alejo Carpentier, Miguel Angel Asturias, Jorge Amado, Rafael Alberti— el más

divertido y en cierto modo el más independiente en su manera de actuar privada era Neruda. En cambio cuando escribía o actuaba políticamente se mostraba muy disciplinado y ortodoxo. En su vida privada no, tenía una memoria prodigiosa y se lucía como contador de historias; era muy suelto, muy gracioso, y poseía un registro de experiencias muy vasto y muy variado, de gran interés, que abarcaba desde su infancia humilde en Temuco –su padre era obrero ferroviario–, sus años de estudiante en el Santiago de los años veinte, época de tremendas conmociones sociales, de golpes de Estado, de caudillos políticos, que él vivió intensamente, hasta sus aventuras como cónsul de Chile en Extremo Oriente –Birmania, Ceilán e Indonesia– o sus vivencias en la Guerra Civil española.

–*Por cierto, siempre me llamó la atención el hecho de que en aquellos años Chile se diera el lujo de disponer de consulados en países tan remotos.*

–Bueno, eran consulados pequeñísimos que se dedicaban a facturar partidas de té y de yute que se embarcaban a Chile. Es muy curioso, Neruda lo cuenta también en sus memorias: Chile es un enorme consumidor de té. Entonces él timbraba esas facturas y cobraba un pequeño porcentaje sobre las mismas; vivía malamente. Luego pasó a España, fue testigo de la Guerra Civil, conoció a André Malraux y a muchas otras personalidades, siguió posteriormente a México y a Estados Unidos. En fin, cuando evocaba todas esas historias su conversación era apasionante. Yo cuento en *Adiós, poeta...* que en los últimos años de su vida él tenía serias dudas sobre la estabilidad del mundo comunista. En 1971 tuvo en París una larga conversación con un ministro de Educación húngaro, antiguo amigo suyo, que lo fue a visitar. Neruda se quejaba mucho de la situación en la Unión Soviética, del período de Breznev, y en un momento el húngaro le dijo: «Pero Pablo, de todas maneras, pese a todo, el socialismo va a triunfar». Neruda se levantó y le contestó: «Yo tengo serias dudas». También fue muy lúcido con respecto a la Unidad Popular; cuando triunfó Salvador Allende, antes de que asumiera el poder, me comentó: «Aquí en Chile, en estos momentos, hay una violencia tremenda que se respira en la atmósfera. Esto va a ser muy difícil y yo lo veo todo negro».

–*Es decir que en el final de su vida no era ortodoxo ni ingenuo.*

–En absoluto. A mí me hacía pensar en los políticos radicales chilenos; al fin y al cabo su abuelo era un político radical de provincia, pariente cercano de los directores del diario de Temuco, donde él publicó sus primeros poemas. Yo tenía la impresión de que había recuperado al final una especie de sabiduría política provinciana muy chilena.

–*En El origen del mundo usted pone en boca de Silvia un comentario sobre la politiquería chilena como vocación nacional. Quisiera formu-*

larle un par de preguntas directamente políticas: ¿Cómo ve la salida democrática de la dictadura pinochetista? ¿Qué límites, qué peligros, qué logros observa en el proceso político actual de su país?

—Son preguntas demasiado amplias. Creo que lo primero que hay que recordar es que la salida de la dictadura chilena fue negociada por ambas partes, el régimen y la oposición democrática. En el fondo, allí hubo conversaciones, hubo negociación y hubo compromiso; en eso se diferencia bastante de la salida argentina, que fue el producto de la derrota militar en la guerra de las Malvinas. En Chile, por el contrario, el ejército se sentía triunfador, el general Pinochet se sentía en pleno éxito. Se dieron otros factores: la salida negociada fue muy ayudada por la gran presión internacional y también porque la sociedad civil chilena no fue totalmente destruida por la dictadura. Quedaron el mundo periodístico y el mundo intelectual, muy golpeados, pero algo quedó. Entonces esta salida negociada contiene sus propios límites; Pinochet conserva una parcela de poder. Ahora bien, que un dictador admita su derrota en un plebiscito es muy raro, pero es el producto de la negociación interna de la sociedad chilena en su conjunto, que incluye muchas fuerzas, como la Iglesia. Problemas y peligros de la transición: muchos; el excesivo poder del ejército es evidente. Pinochet se irá pronto a su casa, está viejo, ya pertenece a nuestro Parque Jurásico. Es un dinosaurio que está ahí, sí, pero es un símbolo fuerte, tiene un porcentaje importante de partidarios todavía. Hay otro problema: la Iglesia contribuyó a su caída con su activa defensa de los derechos humanos, pero esa Iglesia ha dado ahora un inquietante giro a la derecha, se ha desplazado hacia posiciones bastante integristas, bastante moralistas. Por ejemplo, el gobierno hizo hace poco unos *spots* para televisión como parte de una campaña de prevención del sida y la Iglesia no permitió que se pasaran en el canal de la Universidad Católica ni en un canal privado de orientación católica, porque en ellos se hablaba del preservativo, cuyo uso no autoriza el Papa. También se ha censurado la película de Scorsese *La última tentación de Cristo*. Y hay otros síntomas claros de censura católica en el Chile de hoy, de los cuales yo sufrí indirectamente las consecuencias con mi última novela, *El origen del mundo*.

—¿La tildaron de pornográfica?

—Sí, hubo una crítica un poco velada, solapada, pero eso le quitó mucho espacio en los sectores que controlan el Opus Dei y la Iglesia. Actualmente el Opus tiene mucha fuerza en Chile.

—Al parecer ha crecido considerablemente en toda América Latina.

—Hace poco hice notar lo siguiente: en la ciudad de Santiago, en lo mejor del barrio alto, existe una gran avenida que se llama Escrivá de Balaguer, y no hay ninguna que se llame Pablo Neruda o Gabriela Mis-

tral. Que yo sepa, ni en España, donde nació, le han rendido semejante homenaje al fundador del Opus Dei. Creo que los intelectuales tenemos que reaccionar contra todo lo que implique censura. Que ellos piensen como quieran, pero que no coarten nuestra libertad de expresión, cosa que están haciendo.

—*¿Tiene confianza en la consolidación del proceso de democratización que se ha dado en América Latina desde la caída de dictaduras militares como la argentina? ¿Cree que es un fenómeno irreversible?*

—No, es un proceso siempre reversible, que corre peligro en todas partes y que siempre hay que estar defendiendo. Es evidente que hay síntomas de serios retrocesos, en Perú por ejemplo. Espero que se profundice y no sufra tropiezos la democratización que se está dando en México, porque tendrá consecuencias benéficas para todo el continente.

—*En España se registra actualmente, después de la intoxicación del llamado boom latinoamericano de los años setenta y primeros ochenta, bastante desinterés por la literatura que se hace del otro lado del Atlántico. Hoy el primer plano lo ocupan jóvenes escritores, como Javier Marías o Antonio Muñoz Molina —hay muchos otros— que han generado otro boom, esta vez de la narrativa española. ¿Sigue esta joven literatura? ¿Le interesa algún autor en especial?*

—Me interesa esta literatura, la sigo, y considero que ese desinterés por lo que se escribe en Latinoamérica, ese cierto ombliguismo hispano que yo también observo, es pasajero. Tiene que ser pasajero, porque lo más interesante que tenemos nosotros como escritores en español es la amplitud y la variedad de nuestro mundo lingüístico. Es absolutamente fantástico; el español es el único idioma que crece con enorme vitalidad hoy en el mundo, por lo tanto, que nosotros estemos mirando nada más que a Perú, a Chile o a Argentina, y que los españoles sólo miren a Castilla o a Andalucía, es un disparate cultural. Hay gente en España que tiene una visión clara de este fenómeno, como la tenía Carlos Barral, que sería un loco en muchas cosas pero en este terreno era absolutamente lúcido. No tiene sentido decir soy escritor de Madrid, o de Buenos Aires, o de donde sea; somos escritores del idioma.

En cuanto a los nuevos escritores españoles, Javier Marías me parece bueno; me gusta mucho Muñoz Molina, lo encuentro sobrio, áspero e interesante, ubicado en una tradición muy hispánica. Aunque es andaluz, literariamente posee una aspereza y un rigor muy castellanos. En cambio Javier Marías me parece un escritor más esponjado, más de fuegos artificiales, que quiere ser inglés, pero de todos modos me interesa. He leído a un joven que se llama Martínez de Pisón que sin duda tiene talento; también hay varias escritoras talentosas. En fin, puedo decir que soy de los pocos latinoamericanos de mi generación que siempre ha leído

mucha literatura española, porque de chico ya estaba leyendo a los escritores del 98, y luego me fui más atrás, a Cervantes, a Quevedo.

—*¿Está al tanto de la producción de los jóvenes escritores latinoamericanos, aparte de los chilenos?*

—Algo, en la medida de lo posible; es obvio que no se puede abarcar todo sino seguir una línea de lectura particular. A mi paso por México leí a Alejandro Rossi, que es una especie de escritor miniaturista muy curioso. También me detuve en el último libro de Ángeles Mastretta, una novela histórica de saga familiar escrita con bastante soltura. De los argentinos he llegado hasta Osvaldo Soriano, que murió hace poco, pero no a la generación más reciente; me han hablado de Rodrigo Fresán, pero no lo he leído.

—*¿Qué edad tenía cuando les mandó tímidamente su primer libro a Neruda y a Borges?*

—Veinte años. El libro se llamaba *El patio* y eran cuentos que había empezado a escribir como a los dieciséis o diecisiete años. Yo escribí desde siempre, pero no participaba del mundo literario; no tenía tiempo y me ganaba la vida hablando de tarifas aduaneras en el GATT o del Tratado de Montevideo. Mi paso de la doble vida a la vida de escritor se lo debo al exilio en Barcelona: allí trabajé como asesor literario en la editorial Seix Barral y empecé a escribir en la prensa, al comienzo en el periódico *La Vanguardia*.

—*Después de sus discusiones con Fidel Castro, de sus conversaciones con Neruda, de todo lo que le tocó vivir, ¿cómo se definiría hoy políticamente?*

—Políticamente soy bastante independiente y trato de juzgar cada situación por sus méritos propios. Para algunos esa es una actitud liberal, pero ni siquiera puedo definirme como neoliberal, tengo bastantes dudas sobre esa teoría.

—*¿Quien no demuestra tener dudas al respecto es Vargas Llosa; por el contrario, es un verdadero sectario del neoliberalismo.*

—Yo creo que es iluso, que es excesivamente optimista. Siempre ha sido un gran optimista, nosotros le llamábamos «el cadete», y ahora actúa como un cadete. Pero estas cosas hay que examinarlas más detenidamente. Me parece que el neoliberalismo puede calzar bien en teoría, pero su aplicación en la práctica no calza tan bien, tiene ciertos caracteres de utopía, y nosotros fuimos víctimas de la utopía. Lo cierto es que la política neoliberal produce un fenómeno de exclusión social lamentable; se ha hablado mucho de este problema, pero no deja de ser real. Lo he visto crudamente en Estados Unidos, lo he visto formarse durante la era Reagan, porque he ido durante años a dictar clases o conferencias en universidades norteamericanas. La última vez que estuve en Washington

me impresionó ver en el elegante barrio de Georgetown una cantidad inmensa de gente, incluso profesores universitarios, que duerme en las calles. Evidentemente hay algo que falla en la teoría neoliberal y hay que encontrarle ajustes, no se puede ser sectario en ese sentido.

Carlos Alfieri

